

Carlos Rubio

Los mitos de Japón

Entre la historia y la leyenda



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2012
Segunda edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Utagawa Kuniyoshi: Representación de una de las hijas del Rey Dragón que vive en el fondo del mar, grabado (1832)
© ACI / Bridgeman Images
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Carlos Rubio López de la Llave, 2012, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2012, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-665-9
Depósito legal: M. 225-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Introducción
- 47 Geografía mítica de Japón

Los mitos de Japón

- 53 PRIMERA PARTE. MITOS DE LOS ORÍGENES
- 55 El nacimiento del mundo
- 58 El nacimiento de Japón
- 62 El nacimiento de los dioses de la Tierra
- 65 El Mundo de Ultratumba
- 70 El nacimiento de la diosa del Sol
- 73 La creación de los animales, de los alimentos y de la seda
- 76 La expulsión del Altiplano del Cielo
- 79 El conjuro de los dos dioses
- 83 El eclipse
- 86 La Caverna del Cielo
- 90 La segunda expulsión del dios Susanoo
- 93 La espada *Kusanagi* y la invención de la poesía
- 101 El dios Sukuna Biko
- 106 El faisán mensajero
- 110 El funeral del dios Waka Hiko
- 112 El sometimiento del País Central
- 117 El descendimiento al País Central

- 121 SEGUNDA PARTE. MITOS DE AMORES Y CONCEPCIONES MARAVILLOSAS
- 123 El dios Ninigi y las dos hermanas (donde se explica por qué los soberanos de Japón no son longevos)
- 127 La princesa Isuke Yori y el emperador Jimmu
- 131 La conjura de Saho Biko
- 136 La hija impía
- 138 La doncella de Unai
- 140 La bola roja
- 143 El Hombre Niebla y el Hombre Escarcha enamorados
- 146 El brazalete de Medori
- 151 Los suicidas por amor
- 157 La calumnia
- 159 TERCERA PARTE. MITOS DE HERMANOS
- 161 La historia del anzuelo (donde, además, se explica la razón de por qué el mar y la tierra están separados)
- 170 La traición de Tageshi
- 173 La rebelión del príncipe Take
- 177 La espada de madera
- 179 La conjura de los dos hermanos
- 186 Tres hermanos para un trono
- 194 El guardia traidor
- 202 La venganza del príncipe Mayowa y la tiara enjoyada
- 210 Los dos príncipes fugitivos convertidos en mozos de cuadra
- 219 CUARTA PARTE. MITOS DE HECHOS MARCIALES
- 221 La conquista de Yamato
- 237 La campaña de Yamato Takeru en Kumaso
- 242 Las campañas de Yamato Takeru en las provincias del este

- 250 La conquista de Corea
256 El patriotismo de la mujer de Otokimi
260 El desalojo de los japoneses de Corea
- 265 QUINTA PARTE. MITOS DE ANIMALES Y DE TRANS-
FORMACIONES MARAVILLOSAS
- 267 La liebre blanca de Inaba
275 El cohombro
277 La metamorfosis del dios Omono Nushi
279 El buey de Corea
282 El cisne y la mudez del príncipe
285 El ciervo blanco y la serpiente
289 El ave blanca
292 Los besugos borrachos
294 La pesca de la trucha
297 El ciervo y la niebla
298 El jabalí y la visión divina
- 303 Sexta PARTE. MITOS DE SACRIFICIOS, SUEÑOS Y
ORÁCULOS
- 305 La sucesión imperial
307 Los muñecos de arcilla
310 El emperador desobediente al oráculo divino
315 La perla
318 El sueño del emperador Kimmei y los dos lobos
- 321 SÉPTIMA PARTE. MITOS DE DONCELLAS CELESTIALES
Y DE PESCADORES
- 323 El vestido de plumas
325 La doncella de la Luna
328 Urashima, el joven pescador

Índice

- 331 La pescadora y el tesoro de cristal
- 334 Las estrellas amantes
- 337 OCTAVA PARTE. MITOS BUDISTAS
- 339 El debate en torno a la llegada del budismo a Japón
- 343 El Mundo de Ultratumba
- 348 Jizo, el protector de los niños difuntos
- 351 La ballena y el Buda de bronce de Kamakura
- 355 La historia de Bontenkoku

- 361 Bibliografía de fuentes consultadas
- 363 Bibliografía española sobre cuentos, leyendas y mitos de Japón
- 366 Bibliografía española de literatura japonesa
- 367 Índice temático
- 371 Índice onomástico

Introducción

Las páginas de este libro, *Los mitos de Japón*, reúnen 68 historias que se desarrollan, en su inmensa mayoría, dentro de los confines nebulosos de la prehistoria del país nipón. Casi todas ellas han sido seleccionadas de las dos principales fuentes de mitos de Japón: *Kojiki* o *Crónicas de antiguos hechos de Japón* (año 711) y *Nihon shoki* (720), más conocida por el título abreviado de *Nihongi*. De las dos, sólo la primera está traducida al español¹. También hay huellas aisladas de mitos en los *Fudoki*, que son descripciones de cada una de las provincias solicitadas en el año 713 por el gobierno imperial y de las cuales se conservan unas pocas.

No podía dejar de tener ocho partes un libro sobre mitos japoneses habida cuenta de que el número ocho es

1. *Kojiki. Crónicas de antiguos hechos de Japón* (Madrid: Trotta, 3.ª ed., 2019).

una cifra mitológica en la tradición japonesa y representa la multiplicidad, ilimitada, de las estrellas que configuran el firmamento mítico de Japón. Así, hemos forzado la inclusión de algunas leyendas, que no mitos, en las dos últimas partes de las ocho en que se agrupan estos 68 relatos. Su agrupación es temática y obedece a razones de divulgación, de interés comparativo y de amenidad de la lectura. Por consiguiente, se ha rechazado la secuencia cronológica de esas ocho partes en favor de una ordenación temática. Sin embargo, la cronología, que en el registro de la prehistoria es balbuciente, forma el hilo conductor dentro de cada una de esas ocho partes; además, es la razón natural para haber empezado con los mitos cosmogónicos de la primera de ellas. Primero se forma el mundo; luego, Japón; y a continuación, en la tierra y el mar del archipiélago japonés, el lector entra en el mundo quimérico de sus mitos. Con excepción de la última parte, donde se presentan algunas historias budistas, la mayoría de los mitos tienen como protagonistas a dioses, héroes y emperadores –legendarios algunos, históricos otros–; y también a animales y a otros seres fabulosos.

En consonancia con el fin divulgativo de la presente obra, no se ha pretendido interpretar los mitos japoneses ni reflexionar sobre ellos, por atractivo que pudiera resultar, en el cuerpo narrativo de cada relato. Tampoco es éste un manual de mitología, ni requiere su lectura estar en posesión de unos conocimientos especializados sobre Japón, otras mitologías asiáticas u otras partes del mundo. Es, simplemente, un libro en donde se nos cuentan, con la voz del compilador del siglo VII, las historias más venerables del Japón remoto: una visión sencilla y a la

vez espectacular del firmamento estrellado de su noche mítica. *Los mitos de Japón* se presentan tal como «su madre adoptiva» –los compiladores del siglo VII– los trajó al mundo, desnudos e inocentes, sin que el espejo del lenguaje mítico esté empañado por aditamentos estéticos o divagaciones literarias. Y sin los adornos y perifollos, tan tentadores, con que frecuentemente a los occidentales nos gusta engalanar la imagen cultural del exótico Japón. Este respeto a la narración mítica de las fuentes, sin embargo, no ha obstado para que al final de cada relato hayamos apostillado las notas necesarias, que corresponden a los términos seguidos de un círculo voladito (^o), para una mejor comprensión del lenguaje mítico, críptico por naturaleza, o para una adecuada contextualización cultural e histórica. Asimismo, en las ocasiones en que el relato mítico de las diversas fuentes coincidía en la sustancia pero no en los detalles, hemos indicado algunos de éstos, cuando nos han parecido significativos, en las notas correspondientes. En algún caso infrecuente en que las diferencias eran importantes, hemos optado por crear una tercera versión del mito incorporando los elementos más llamativos de una y otra versión. Esta circunstancia es indicada en la nota respectiva.

Japón en la prehistoria

En el largo periodo del 10.000 al 300 a.C. se desarrolló en Japón una cultura, todavía de recolectores y cazadores, llamada Jomon por la decoración en forma de cuerda trenzada de las vasijas encontradas y datadas en ese

periodo. Se han atribuido a esa cultura ciertas prácticas chamanísticas, creencias sobre la naturaleza y la vida de ultratumba, así como técnicas de pesca que habrán de expresarse en los mitos y relatos formulados mucho después. En los siglos inmediatamente anteriores al comienzo de nuestra era, la cultura Jomon se va desvaneciendo y cede el paso a sociedades sedentarias equipadas de herramientas de bronce y hierro que empiezan a cultivar cereales con sistemas de riego. Se inicia así la llamada era de Yayoi, por el nombre del yacimiento arqueológico descubierto en Tokio, que se extiende hasta el año 300 d.C. La nueva cultura del arroz, cuyo cultivo ya se practicaba en la región de Fukuoka, al norte de Kiushu –la isla más próxima al continente– hacia el año 400 a.C., va a favorecer no sólo el aumento demográfico, sino la estratificación social y el surgimiento de clanes poderosos con ambiciones hegemónicas. La expansión natural de esta cultura, que tiene como punta de lanza las innovaciones políticas, económicas y militares procedentes del continente asiático a través de Corea, siempre se moverá desde la isla de Kiushu hacia las regiones del este y noreste, tradicionalmente más atrasadas en la prehistoria japonesa. Efectivamente, la cercanía con el continente era, en los albores de la historia japonesa, garantía de progreso. La posición geográfica de Japón, entre un océano inexplorado y un venerable foco civilizador de primer orden como China, determinaba que este inmenso país fuera considerado como la cuna del saber y de la civilización, con un respeto comparable al que la Grecia clásica inspiraba a Roma casi por los mismos siglos.

El avance de la cultura Yayoi conllevaba la adopción de nuevas técnicas del cultivo arrocero, y la popularización de las herramientas y armas de hierro. Los descubrimientos arqueológicos dan prueba de fiestas religiosas en honor de diversas deidades, sin duda relacionadas con la fertilidad y las cosechas. Probablemente fue en esta época Yayoi, cuando se generalizan las actividades agrícolas que requerían una organización social más compleja, la era de la articulación fundamental de los grandes mitos japoneses. Sabemos que se usaban campanas de bronce, puntas de lanza y dagas de bronce con fines ceremoniales, y que los espejos del mismo metal eran objetos litúrgicos dotados de poder religioso.

Las primeras crónicas japonesas, surgidas en emulación a las de China y empeñadas por razones de prestigio y de política en alargar «históricamente» su prehistoria hasta una edad mítica de dioses, son poco fidedignas cuando tocan el periodo anterior al siglo IV d.C. Por el contrario, las coreanas y chinas que nos hablan del Japón prehistórico son mucho más fiables por la sencilla razón de que nada tenían que ganar ni perder con respecto a un país que para los soberanos de China estaba en los umbrales de la civilización y situado en los límites del mundo conocido. La primera referencia a Japón –la antigua tierra de Wa– en las crónicas chinas no se produce hasta el año 57 d.C. y se abre con estas palabras: «El pueblo de Wa vive en islas montañosas situadas en el océano». Parece probable que cuando el primer emperador de la dinastía Chin (247-210 a.C.) unificó China y construyó la Gran Muralla para impedir que tribus del norte invadieran las fértiles cuencas del río Amarillo, esa barrera pudo contri-

buir a orientar el flujo migratorio de los pueblos del norte de Asia hacia el este o el oeste de la Gran Muralla. Doscientos años después y ante la amenaza de nuevos conatos de invasión, el emperador Wu de la dinastía Han envió fuerzas expedicionarias al norte para restablecer el orden y afianzar su autoridad. Un destacamento de esas fuerzas quedó apostado en el norte de la península coreana, y su estructura militar y de gobierno bien pudo servir de inspiración a los pueblos vecinos, entre ellos, el coreano y, un poco más allá, el japonés, dando ventajas decisivas a ciertos clanes con pretensiones hegemónicas.

En el «Comentario sobre el pueblo de Wa» (el *Wajinden* en japonés, de la *Crónica del reino de Wei* o *Wei Chih*) de finales del siglo III hay más noticias del antiguo Japón. Aunque se dice que en fechas anteriores existían más de cien comunidades dispersas e independientes, en el momento de escribirse esa crónica china se habla de treinta de esas unidades, probablemente grupos organizados de clanes, que mantenían relación con «nosotros», es decir, con el reino de Wei, que entonces era la norteña provincia china de Tai Fang, en la península coreana. No sabemos si esas treinta comunidades estaban en Kiushu –la isla grande más meridional de Japón y próxima a Corea–, en Izumo –también frente a las costas coreanas, pero más al este– o en Yamato –en torno a la actual ciudad de Nara– que será el núcleo centralizador del futuro Estado japonés. El este y el norte del resto del archipiélago japonés eran inexistentes en las fuentes prehistóricas chinas y coreanas. Los ocupaban los ainus o, como se denominarían en los documentos japoneses posteriores, los «peludos» *emishi*, *yebisu* o *yezo*, de etnia caucásica.

Éstas son algunas de las observaciones que los chinos recogieron de los japoneses de aquellos tiempos:

La tierra de Wa tiene un clima templado. Tanto en invierno como en verano la gente vive de verduras y camina descalza. Sus viviendas tienen habitaciones donde el padre y la madre, los mayores y los pequeños, duermen por separado. Se untan el cuerpo con pinturas de color rosa y carmín, como si fueran los polvos que usamos los chinos. Se sirven la carne en platos hechos de madera y bambú, y comen con los dedos [...]

Cultivan cereales, el arroz, el cáñamo y las moreras para alimentar los gusanos de seda. Hilan, tejen y producen buenos tejidos de seda y lino. No tienen bueyes, ni caballos ni ovejas... Se recaudan tributos. Todas las provincias tienen graneros y mercados donde se truecan productos bajo la supervisión de funcionarios [...]

Como armas poseen lanzas, escudos y arcos de madera cuya parte inferior es más corta que la superior. Las flechas de bambú a veces están rematadas por un casquillo de hierro o de hueso.

A los chinos, con siglos de relaciones familiares reguladas por la ética confuciana, parece sorprenderlos que estos japoneses del siglo III, los mismos que viven en la edad mítica de los relatos que vamos a leer, no observen relaciones de jerarquía en el seno de la familia:

En sus reuniones y esparcimientos, no hay distinción entre padre e hijo, ni entre hombres y mujeres. Les gusta la bebida. Cuando rezan, en lugar de postrarse o inclinarse, los

hombres importantes se contentan con juntar las manos y dar una palmada. La gente vive mucho, algunos hasta los cien años; otros, hasta los ochenta o noventa. Generalmente, los hombres importantes tienen cuatro o cinco mujeres; los menos importantes, dos o tres. Las mujeres no son livianas ni celosas. Tampoco hay hurtos y los pleitos son infrecuentes. Pero si ocurre alguna violación de la ley, aunque sea leve, el culpable es despojado de su mujer y de sus hijos. Si la culpa es grave, toda su familia e incluso los miembros de su clan son exterminados.

Hay distinciones de clase entre la gente y algunos son vasallos de otros. Cuando los hombres de clase baja se encuentran a los de clase alta en los caminos, se detienen y se apartan a un lado. Cuando transmiten mensajes o se dirigen a personas de importancia, se agachan o se arrodillan y colocan las dos manos en el suelo. De esa forma muestran el respeto. Cuando responden, dicen «ah», que corresponde a nuestro «sí».

Sobre las relaciones maritales de los antiguos japoneses, conviene advertir que el incesto, tabuizado en Occidente y también en el Japón posterior, era una práctica común. Los términos de hermana y esposa *-imo-* eran equivalentes. En el seno de la familia imperial, el matrimonio con dos o tres hermanas al mismo tiempo era corriente. Muchas de estas uniones, a medida que se van conociendo las ideas éticas de China, irán desapareciendo. En algunos relatos se percibe el conflicto entre las costumbres nativas y el código moral importado. El de «Los hermanos suicidas por amor», en la parte segunda, es un ejemplo dramático. La costumbre de casarse con

hermanas pudo ser la primera en desaparecer; y de hecho, y con la salvedad de ese ejemplo, sólo se menciona en relatos que tienen por protagonistas a los dioses. Sin embargo, las uniones con hermanastras, tías, madrastras no fueron infrecuentes hasta épocas históricas.

En ninguno de los *Los mitos de Japón* se habla de ceremonias matrimoniales, como no sea la ofrenda de la dote por parte del padre de la novia. Es probable suponer que, como ocurrió hasta los albores de la época premoderna de Japón (siglo XVIII), el simple hecho de la cohabitación –clandestina al principio, pública después– constituía ya el matrimonio. Términos como «esposa», «concubina» y «consorte imperial» eran indistinguibles en las crónicas japonesas. El de «emperatriz» denota, en esta versión española, o bien la soberana de Japón en ausencia de un emperador (las mujeres no estaban excluidas del trono imperial en el Japón antiguo), o bien una especie de primera esposa cuya identidad estaba determinada a menudo por la importancia social de sus padres. La mujer podía ser repudiada en cualquier momento, esperándose de ella una fidelidad que no solía ser recíproca por parte del marido. Las mujeres casadas, incluso las esposas principales del soberano, podían permanecer viviendo en casa de sus padres, y los hijos ser criados por la familia del padre o de la madre.

Como se indica en la crónica china, la severidad de los castigos por culpas era extrema: se arrancaba las uñas a los culpables, se les cortaban los tendones de las rodillas –hay un relato que lo ilustra– o se los enterraba hasta el cuello para que los ojos se les saltaran –también descrito en otro relato–. En crónicas chinas posteriores se habla

de otros dos castigos: apretar las rodillas entre dos bloques de madera y serrar la cabeza con la cuerda estirada de un arco potente. Las marcas o tatuajes en el rostro eran otra forma de castigo, de la cual hay algunas incidencias en nuestras historias.

Por lo que respecta a la figura del soberano, en la prehistoria japonesa se trataba de un «gran señor» (*ookimi*) o líder de un clan dominante que mandaba por derecho hereditario y potestad religiosa sobre una confederación tribal de clanes que servían en torno a él –la futura corte– mediante la distribución de tareas igualmente hereditarias. Peculiares de la dignidad del «gran señor» japonés parecen haber sido fuertes atributos rituales y religiosos. Igualmente singular era una transmisión no necesariamente patrilineal ni exogámica. Llama también la atención la preferencia por la ultimogenitura en la sucesión imperial, un hecho en el que algunos estudiosos han detectado la mano de un manipulador de la corte del emperador Temmu (siglo VII), cuando se compilan las fuentes actuales, un soberano que fue segundón y, como veremos, con derechos sucesorios discutibles.

En cuanto a prácticas adivinatorias, ritos chamanísticos y cultura funeraria, esto era lo que llamaba la atención de los cronistas chinos del siglo III sobre aquellos antiguos japoneses:

Antes de acometer una empresa o cuando surge un pleito, toman unos huesos y los calientan. Así determinan el éxito o fracaso de la empresa, o la verdad o mentira del pleito. Primero anuncian el objeto de la adivinación usando la misma

forma de hablar que nosotros cuando adivinamos leyendo el caparazón de una tortuga. Después, examinan las grietas del hueso producidas por el calor y revelan el futuro.

Cuando salen de viaje para ir a China, siempre seleccionan un hombre que no se arregla el cabello, ni se ha despiojado, ni cambiado de ropa, un hombre que no come carne ni tiene trato con mujeres. Este hombre se comporta como si estuviera de luto y es conocido como el «guardián de la fortuna». Si el viaje es feliz, lo agasajan con regalos y esclavos. Pero en caso de enfermedad o infortunio en la travesía, lo matan con la excusa de que no cumplió con sus obligaciones.

Si muere alguien, le preparan un féretro sencillo sin revestimiento exterior. Después cubren la tumba con arena y levantan un túmulo. En caso de muerte, observan luto más de diez días, durante los cuales se abstienen de carne. Los que dirigen el funeral lloran y se lamentan, mientras los amigos bailan, cantan y toman bebidas alcohólicas. Cuando termina el funeral, todos los familiares van donde hay agua para someterse a un baño de purificación².

En otra crónica china muy posterior, la *Historia de la dinastía Sui (Shui Shu)*, de hacia el año 630, después de reconocer que los japoneses veneran a Buda y haber recibido de Corea la escritura, se afirma: «Es frecuente entre ellos la adivinación y tienen una fe profunda en los chamanes, tanto masculinos como femeninos»³. Una tra-

2. *Sources of Japanese Tradition*, vol. I, ed. de R. Tsunoda, T. de Bary y D. Keene (Nueva York: Columbia University Press, 1958), págs. 4-7.

3. *Sources*, obra cit., pág. 10.

vesía marítima, por ejemplo, no se podía realizar sin un chamán a bordo, como nos ha descrito vívidamente el relato del *Wajinden*. También, en efecto, se practicaba la adivinación quemando omoplatos de ciervo y, al menos en los siglos finales de la época Yayoi, parece que era común el doble enterramiento: poco después de ser enterrado el difunto la primera vez, se exhumaban, lavaban y pintaban sus huesos que después se guardaban en vasijas, las cuales eran enterradas en tumbas colectivas. En la sexta parte dedicada a los mitos de sacrificios de este libro, hay un relato, «Los muñecos de arcilla», que testimonia la existencia de los sacrificios humanos, generalmente sirvientes del soberano, que a veces en número elevado acompañaban a éste en la muerte. Del mundo del ultratumba hay pocos relatos en la mitología japonesa. Y sus referencias sugieren una de las frecuentes contradicciones del material mítico de Japón por las razones que descubriremos al tratar de sus orígenes. En el mito de Okuni Nushi, que pertenece al ciclo de mitos de la región de Izumo, el mundo de los muertos se describe exactamente como si fuera parte de la tierra de los vivos: hay árboles, casas, disputas familiares, etc. En cambio, en el mito de Izanagi, del ciclo mitológico de Yamato, el Mundo de Ultratumba es un lugar hediondo e impuro del cual hay que purificarse y que ha de estar separado del mundo de los vivos por una gran roca.

En cuanto a la religión, el alma del mito, lo primero que llama la atención a los estudiosos del sintoísmo —el nombre dado a la religión aborígen— es que no se trata de una religión organizada: carece de dogmas, doctrina,

código ético y escrituras sagradas. En el tiempo del citado *Wajinden* chino, parece que las comunidades mencionadas rendían culto a los antepasados y veneraban dioses tutelares (*ujigami shinkoo*) en cuyo honor celebraban fiestas agrícolas. Este credo religioso, imbricado de mitos, pudo ser sistematizado poco a poco como acervo de fórmulas rituales y devocionales hasta evolucionar en el sintoísmo primitivo, cuya primera teogonía, en contacto con ideas religiosas chinas, se articula por primera vez en la literatura mitológica del *Kojiki*. El término «sintoísmo» (de *shintoo* o «camino de los dioses») sólo empezó a ser utilizado en el siglo XV para designar un sistema religioso indígena distinto del budismo, un término después frecuentemente asociado a la legitimación de la soberanía imperial basada en el mito de su origen divino. El sintoísmo practicado por los japoneses del siglo III de que nos habla el *Wajinden* contenía elementos de veneración de los ancestros, de chamanismo, de animismo y concedía gran importancia a los ritos de purificación. En el panteón sintoísta no hay una divinidad o principio trascendente absoluto, sino lo que la tradición denomina las «ochocientas miríadas de dioses (*yaoyorozu no kami*). El cielo para ellos no era más etéreo que la tierra, ni la morada inmaterial de los bienaventurados, sino un lugar real, el Cielo (véase sección «Geografía mítica de Japón»), situado encima de Japón y con el cual se comunicaba por el Puente Flotante, un lugar con un río, el Yasu, y un monte, el Kagu, y tan tangible que una flecha disparada desde la tierra podía perforarlo, como se nos cuenta míticamente en uno de los relatos de la primera parte. En su altiplano vivían los dioses, los *kami*. Esta impor-

tante palabra que en nuestros relatos traducimos indistintamente como deidad, divinidad, dios o diosa, significa propiamente «lo que está arriba», «superior». Los *kami* son innumerables, no se excluyen entre sí y están presentes en todos los aspectos de la vida. Y esto no sólo porque los elementos de la naturaleza —el viento, el sol, las piedras, los árboles, el sonido, la ola— son *kami* en sí mismos, sino porque *kami* «especializados» supervisan y protegen las actividades humanas. También a los ancestros se los diviniza en forma de *kami*. Cada uno de estos dioses posee un espíritu, una eficacia o fuerza propia llamada *tama*, la cual adopta a veces un aspecto violento, a veces un aspecto apacible, y que en realidad es el objeto de la actividad ritual. Este espíritu de la divinidad también reside en el hombre, en cuyo caso es llamado *tamasbi* («alma», en japonés moderno), y abandona el cuerpo después de la muerte. La enfermedad, por ejemplo, es considerada un efecto debilitador del *tama* y la muerte, su desaparición. Enfermedad, menstruación, parto, derramamiento violento de sangre y, sobre todo, muerte eran fuentes contaminantes en el sintoísmo. Nada más natural, por tanto, que aquellos japoneses del siglo III fueran al río a purificarse después de un entierro. O que el palacio (*miya*, «casa augusta, sagrada») donde un soberano moría, fuera abandonado y su lugar elevado a la categoría de santuario (*miya*). O que se quemara el cuarto donde la parturienta era segregada después de haber dado a luz. En las fuentes de los mitos se habla dos o tres veces de «los espíritus malévolos que como moscas de verano atraen todo género de calamidades». La mayor preocupación de los antiguos japoneses era, por lo tanto,

ahuyentar a «esas moscas», a esos *tama* maléficos y atraer a los benéficos por medio de ritos. Éstos, especialmente los de purificación, eran y son muy importantes en el sintoísmo y siguen practicándose en los santuarios sintoístas de Japón. Había básicamente dos clases de ritos purificadores. Primero, los externos o físicos que consistían simplemente en bañarse o enjuagarse la boca y lavarse la manos con agua (*misogi*). El agua purificadora como dadora de vida está en el centro del mito que hace nacer a la diosa Amaterasu del ojo izquierdo de Izanagi cuando se lo lava después de haber visitado el mundo impuro de los muertos. Los otros ritos, los internos, eran más propiamente exorcismos y los realizaba un oficiante, sacerdote o chamán, por medio de un ramo y del poder sagrado de la palabra.

En relación con los chamanes, en el mismo *Wajinden* se habla de que los clanes de Wa, después de décadas de guerras entre ellos, acordaron elegir una mujer como gobernante. «Su nombre era Pimiko. Se ocupaba de la magia y tenía hechizado a su pueblo. Aunque no era joven, nunca se casó. Tenía un hermano pequeño que la ayudaba en gobernar el país. Cuando se convirtió en dirigente del país, fueron pocos los que la veían. Tenía mil damas de compañía que la servían y sólo un hombre a su lado.» Esta gobernante ha sido identificada con la emperatriz Okinaga o Jingu (201-269), aunque se ha especulado con que su personalidad pudo ser en realidad la amalgama de varias dirigentes chamanes de épocas prehistóricas. En todo caso, Jingu será la protagonista de cuatro de los relatos aquí presentados. En uno de ellos, en la cuarta parte, protagonizará la conquista de Corea, un hecho